




LOS HEBREOS

Julio Domingo Bazán



JULIO DOMINGO BAZAN

TENIENTE GENERAL



LOS HEBREOS



RENACIMIENTO

SAN MARCOS, 42

MADRID

1916



DEDICATORIA

El General Madariaga tuvo conocimiento del trabajo literario que contiene este libro hace ya bastante tiempo, y, como un cariño hacia mí demostrado sin interrupción en el curso entero de mi vida, quiso que se publicara. Circunstancias ajenas á su excelente buen deseo impidieron la corrección de las pruebas, y por tal causa la edición quedó inutilizada.

Alguien debió ver un ejemplar, instándome para que no quedasen en olvido las ideas vertidas, y aun cuando soy poco aficionado á las exhibiciones, me así de la proposición para poder presentar el actual ensayo, dedicándolo á tan esclarecido General. No está al nivel de su indiscutible valía; pero quedará como testimonio del afecto que le guardo inquebrantable.

Yo le ruego lo acepte. Es el recuerdo que le envía su amigo del corazón,

JULIO DOMINGO BAZÁN.



CAPITULO PRIMERO

CONSIDERACIONES GENERALES

Empezamos por declarar la impropiedad de la palabra hebreo, lo mismo que la de judío, consagradas por el tiempo nada más. Y para hacer tal afirmación basta solamente conocer la historia de este pueblo singular, tan suya que hoy, á través de un torbellino de siglos, se presenta ante el juicio de la crítica contemporánea con los caracteres peculiares de su primitivo nomadismo patriarcal, lo mismo que en su período agricultor y guerrero, modificando nada más que en la dirección definitiva dada á su espíritu económico.

Representantes de un éxodo perpetuo, ora transportando sus rebaños inmensos desde las

llanuras de la baja Mesopotamia á la orilla oriental del Nilo, ora atravesando en cien sentidos la península sinaica hasta llegar á la posesión, siempre incompleta y disputada, de la comarca palestina; ya llevando las cadenas del cautivo á la tierra de su origen, en el Eufrates y el Tigris; vueltos, por el héroe de Timbrea, á sus hogares del Jordán los unos, al Egipto los otros; irradiando también á los pueblos del Carmelo y del Líbano al Oeste y al extremo Oriente á la India; escalando al Norte los montes del Asia, para alcanzar las regiones ocupadas por los hijos de Turán; descendiendo al Sur hasta los pueblos líbicos y etíopes; fundamentando su vida urbana en el corazón del Imperio, después de la definitiva catástrofe que les infligió el hijo de Vespasiano; lanzados, siglos más tarde, en masa, fuera de la monarquía visigoda; constantemente báculo en mano y haldas en cinta, para después de largas centurias sufrir nuevas expulsiones; siempre vejados, perseguidos y execrados; con el sello de maldición perdurable impreso en su frente por las edades todas y por todos los pueblos del planeta.

Semitas como los caldeos, asirios, fenicios y demás pueblos del Asia occidental; congéneres de los fundadores de la civilización perdurable del valle del Nilo; guerreros de alta

valía, como sus antepasados los grandes conquistadores mesopotámicos; de instinto certero para definir y resolver los problemas de la vida individual y social; teocráticos y teológicos hasta llegar á la realidad política del absolutismo monoteísta; llenos de justo y legítimo desdén hacia todos los hombres que los rodearon y oprimieron; falaces y serviles en sus relaciones políticas con los déspotas de la Asiria y Babilonia, la Persia y el Egipto; abyectos á los pies del hijo de Filipo y de sus herederos los Césares romanos; héroes al mismo tiempo en sus luchas con los pueblos cananeos, y sublimes, más tarde, en la trágica epopeya de los Macabeos; verbo inacabable de la inconstancia y la contradicción del humano espíritu, llegaron, después de la larga superstición mesiánica, al sacrificio de Aquel que pretendió personificar el mesianismo.

Y no vale decir que ese pueblo, si hay que llamarle así, practicó la devoción del pacto de Iahvé con fervor no interrumpido, porque precisamente sus grandes poetas y preceptistas tronaron en sus escritos admirables contra el ardor politeísta que consumía, á través de las generaciones y los siglos, á los hijos de Israel. Diríase que jamás en tiempo alguno conoció la estabilidad que da el suelo para el desarrollo de las constituciones de las socie-

dades humanas, no obstante tener acabadas las definiciones de la vida relativa del derecho en sus códigos, canon sagrado de la casi totalidad de los pueblos contemporáneos. Si, de un lado, se reconoce hoy al hebreo del Génesis, también hoy podemos decir, sin riesgo ninguno de error, que desde el comienzo de la habitación paradisiaca del mosaísmo sólo han imperado para esa gente la inestabilidad territorial y la ausencia de toda patria efectiva. El éxodo y sólo el éxodo tienen como característica exclusiva. y en él se ha fundado una serie de ideas tan tenaces, que han sabido resistir todos los huracanes que los hombres desencadenaron contra ellos y, más aún, contra los mismos que las proclamaron y sus descendientes.

Hay, pues, que buscar á los hebreos en toda la Historia de la Humanidad; sólo allí se encontrará su traza, que es indeleble, á pesar de carecer del abolengo territorial y la ausencia de su arte plástico.

Un día fueron á buscar su sede en medio de pueblos guerreros y tan nómadas como ellos, en la tierra cananea, y fuera del Jordán y el Líbano, no se conoce, como no se conoció jamás, frontera alguna determinada. Y aun aquello fué fugacísimo y precario. Espada en mano desde antes que Saúl fundara definiti-

vamente la monarquía, hasta su postrer aliento, después de la épica guerra macabea y los últimos defensores del templo de Jerusalén, jamás en tiempo alguno se sostuvieron otros estatutos políticos que la defensa del Tabernáculo y los Libros de la Ley. De ellos debe decirse, como dicen hoy los cosmopolitas, que el concepto de la Patria es la comunión de un derecho para todos en todas partes. Huéspedes, pero huéspedes molestos, por doquier llevaron en su vida oficial la intolerancia en su modo de ser, y tal empresa defendieron hasta la revolución religiosa realizada en Jerusalén por el Apóstol de los Gentiles contra las ideas exclusivistas y estrechas del Príncipe de los discípulos de Jesús. Y sin embargo, nada es más contrario á la verdad afirmar que el espíritu judío no estuvo perpetuamente saturado de la idea religiosa como signo evidente y externo de la vida individual y social. Como todos los semitas, sintieron la altanera y desdenosa preocupación de su superioridad, y ellos, que venían del fondo de la primera sociedad caldea á la emigración occidental, para llegar más tarde á aquella especie de república federativa de sus tribus, tuvieron, aun más que sus hermanos de raza, el claro instinto religioso de la unidad divina, á pesar de todas las degradaciones del culto de la materia y

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

